

Marcel Proust: *En busca del tiempo perdido* (segunda parte): “A la sombra de las muchachas en flor” o la admiración del narrador por Odette de Crécy

■ ■ Clemente Apolinar Pérez Reyes*

Introducción

“A la sombra de las muchachas en flor” (*“A l’ombre des jeunes filles in fleurs”*) es el segundo volumen de la novela *En busca del tiempo perdido*. Este tomo fue publicado seis años después de “Por el camino de Swann”. El volumen se escribió durante la Primera Guerra Mundial, en la que Francia participó junto a Gran Bretaña y Rusia. Proust intentó alistarse, pero el asma se lo impidió. Gracias a ello, hoy tenemos la segunda parte de *En busca del tiempo perdido*.

Como mencionamos en la colaboración anterior,¹ Proust había planeado un tríptico, donde el tercer volumen se llamaría “El tiempo recobrado”, sin embargo, el proyecto se amplió y la obra “Por el camino de Guermantes” se pospuso para un tercer volumen en atención a que los eventos narrados en “Por el camino de Swann” continúan en “A la sombra de las muchachas en flor”, como se analiza en el presente artículo.

Proust estructuró “A la sombra de las muchachas en flor” en dos partes sin titularlas. En función de este trabajo usaremos los títulos “Gilberta Swann y Odette de Crécy” para la primera parte y “Balbec y las muchachas en flor” para la segunda, alineándolas con sus temas principales. En esta última, el amor del narrador por Albertina emerge notablemente, anticipando su aparición en futuros volúmenes de la obra.

En la edición de Alianza Editorial empleada para este trabajo, la última sección o episodios finales de la primera parte se refieren a lo que ocurre en el hotel de Balbec, hechos que a mi juicio están más próximos temáticamente a los asuntos narrados en la segunda parte de “A la sombra...”, a los que nos referiremos

brevemente cuando comentemos dicha sección. Para evitar confundir al lector, veamos el siguiente desglose:

En busca del tiempo perdido

Primer volumen: “Por el camino de Swann”

Primera parte: “Combray”

Segunda parte: “Unos amores de Swann”

Tercera parte: “Nombres de tierras: El nombre”

Segundo volumen: “A la sombra de las muchachas en flor”

Primera parte: “Gilberta Swann y Odette de Crécy”²

Segunda parte: “Balbec y las muchachas en flor”³

Como en el tomo anterior, no hay capítulos y se mantiene el estilo narrativo del autor caracterizado⁴ por una trama lenta en favor de la narración de innumerables situaciones con que describe las costumbres de la sociedad de la época.

Primera parte de “A la sombra...”: Gilberta Swann y Odette de Crécy

Al final de “Unos amores de Swann”, desencantado por no poder conseguir el amor de Odette de Crécy, Charles Swann exclama:

¡Cada vez que pienso que he malgastado los mejores años de mi vida, que he deseado la muerte y he sentido el amor más grande de mi

* Licenciado en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Actualmente maestro jubilado de educación media básica y superior. Maestro Medalla “Rafael Ramírez”. Fundador y actual editor responsable de la revista Reforma Siglo XXI de la Preparatoria No. 3. En 2019, la UANL lo nombró Profesor Emérito.

¹ Publicado en el número 121 de esta revista, correspondiente al mes de marzo 2025.

² Título para efectos de esta colaboración. En la edición que estoy utilizando, de Alianza Editorial, traducida por el poeta español Pedro Salinas, los nombres también están castellanizados, por ejemplo, Gilberte es Gilberta; madame Swann es señora Swann, etcétera.

³ En esta segunda parte, Marcel viaja a Balbec donde conoce a Albertina, una de las *muchachas en flor*. Ahora el narrador trasciende el *nombre* al conocer un *lugar*: la playa de Balbec.

⁴ Marcel Proust, 2022, p. 491. Tan ni su tipo era, pues Swann pertenecía una familia adinerada judía y Odette, en cambio, había sido una *cocotte*, es decir, una cortesana.

existencia, todo por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo!

Al término de la tercera parte, “Nombres de tierras: el Nombre” de “Por el camino de Swann”, nos enteramos del matrimonio de Swann con Odette de Crécy (acontecimiento que es un hueco enorme en la narración, pues ignoramos como lectores todo lo relativo al casamiento, embarazo y nacimiento de Gilberta). Este hecho es mencionado por unos caballeros anónimos que el narrador escucha mientras espera ver pasar a Odette de Crécy, ahora conocida como señora de Swann:

Hasta los que no la conocían sentían una impresión rara y excesiva –quizá una radiación telepática como las que desencadenaban en la ignorante multitud tempestades de aplausos en los momentos sublimes de la Berma–, aviso de que aquella mujer debía ser una persona conocida. Se preguntaban «¿Quién será?», interrogaban a alguno que pasaba por allí o se fijaban en el modo como iba vestida, para con ese punto de referencia ir a preguntar a otros amigos más enterados. Los había que se paraban y decían:

–¿No sabe usted quién es? La señora de Swann. ¿No cae usted? Odette de Crécy.

–¡Ah!, sí, ya decía yo; esos ojos tristes... Pero, oiga usted, ya no debe de estar en la primera juventud. Me acuerdo de que dormí con ella el día que dimitió Mac Mahon.

–Será prudente de que no se lo recuerde usted. Ahora es la señora de Swann, la mujer de un socio del Jockey Club, de un amigo del príncipe de Gales. Y aún está magnífica.

Yo, sin fijarme en lo que decían, percibía en torno de ella el vago murmullo de la celebridad.⁵

Estas escenas de la curiosidad que despertaba la señora de Swann, anteriormente *cocotte* y ahora esposa de Charles Swann, están conectadas con la escena inicial de “A la sombra de las muchachas en flor”, donde la madre del narrador se lamenta de que en la cena que ofrecerán al diplomático Norpois, “[...] el doctor Cottard estuviera de viaje, y que lamentaba también haber abandonado todo trato con Swann [...]”,⁶ debido a su matrimonio con Odette, lo que, según la madre de Marcel, había afectado

su posición social, es decir, lo había desclasado, adjetivo que aplicaba al señor Swann.

La primera parte de “A la sombra de las muchachas en flor”, por lo tanto, es continuación de la última parte del primer tomo, “Por el camino de Swann”, titulada “Nombres de tierras: el Nombre” en donde Proust narra el amor preadolescente de Marcel por Gilberta, la hija del señor Swann y Odette de Crécy.

El final de esta parte de la narración se hace desde la perspectiva de un Marcel viejo, el cual evoca el recuerdo del pasado:

¿Para qué venir aquí, a la sombra de estos árboles amarillentos, cuando en lugar de las cosas exquisitas a que servían de marco se han colocado la vulgaridad y la insensatez? *Mi consuelo, hoy que ya no existe la elegancia, es pensar en las mujeres que conocí. ¿Pero cómo van a sentir el encanto que era ver a la señora de Swann con su sencilla toca de color malva, o con un sombrero sin otro adorno que un lirio muy derecho, esas gentes que se complacen en contemplar a unas criaturas horribles que llevan en el sombrero una pajarera o un huerto? ¿Cómo hacerles comprender la emoción que yo sentía en las mañanas de invierno, cuando me encontraba con la señora de Swann, a pie, con su capillo de nutria y una sencilla gorra con dos cuchillos de plumas de perdiz...?*⁷

En las primeras páginas de la parte inicial de “A la sombra de las muchachas en flor”, vuelve la perspectiva a situarnos ante un Marcel preadolescente, casi niño, y predomina, a lo largo de setenta páginas, la figura del embajador Norpois, amigo del padre de Marcel. En el resto de las 365 páginas de la primera parte se desarrollan los siguientes asuntos, dentro de una narración pausada, rica en detalles impresionistas que la vida en París despierta en el narrador:⁸

5 Marcel Proust, 2022, pág. 542.

5 Marcel Proust, 2022, p. 542.

6 ⁶ Marcel Proust, 2018, p. 11.

7 Marcel Proust, 2022, pág. 549. Las cursivas son mías, para destacar que el autor se refiere a un tiempo pasado, pretérito; un tiempo que busca recuperar, mediante el recuerdo, las emociones vividas. Posteriormente vuelve a la narración en presente desde la perspectiva de un Marcel adolescente.

8 El narrador es Marcel Proust, pero eso solo se corrobora hasta el tomo cinco de la novela, titulado “La prisionera” (“*La prisonnière*”) cuando Albertina se dirige al protagonista con las palabras “*mon petite Marcel*”; aunque ya a estas alturas de la novela el lector lo sabe, o por lo menos, lo sospecha.

- a). Referencias a la playa de Balbec, donde Marcel conocerá a las muchachas en flor: “Mi hijo tiene mucho deseo de ver algunas iglesias de la región, sobre todo la de Balbec”.⁹ Este asunto se narra al final de la primera parte y reaparece en la segunda parte de “A la sombra de las muchachas en flor”, ya que es el espacio, el microcosmos, donde transcurre la acción.
- b). Alusiones a la señora de Swann: “–No– respondió el señor de Norpois con una sonrisa, confieso que dejé el banquete por una invitación muy distinta. Cené en casa de una mujer de la que ustedes habrán oído hablar quizá, de la hermosa señora de Swann”.¹⁰
- c). Catorce páginas después, se menciona a Gilberta, hija del matrimonio Swann, cuando Marcel se atreve a preguntar por ella: “–¿Estaba en esa comida la hija de los señores Swann? – dije al señor de Norpois, aprovechando para la pregunta el momento en que nos dirigíamos a la sala, cuando podía disimular la emoción más fácilmente que lo habría podido hacer antes en el comedor, inmóvil, en plena luz”. Marcel, ilusionado por reencontrarse con Gilberta, está a punto de besar las manos a Norpoise: “[...] pero cuando me dijo que hablaría de mí a Gilberta y a su madre [...] tuve que hacer un esfuerzo por no besar sus manos”.¹¹
- d). Reflexiones en torno a la Berma, actriz de la *Belle Époque*: Como siempre, el preadolescente Marcel todo lo magnifica en su imaginación, de modo que cuando llega a la representación de “Phedre”¹² se desilusiona de su actriz favorita: “[...] mi gozo cesó por entero: inútilmente aguzaba yo ojos, oídos, y alma para no perder ni una migaja de las razones de admirarla que daba la Berma; no llegué a recoger ni una sola de estas razones [...]. La estaba oyendo como si leyera a “Phedre” [...] sin que el talento de la Berma¹³ pudiera añadirle cosa alguna”.¹⁴
- e). Concluyo este breve repaso del inabarcable universo de personajes proustianos con la mención de Bergotte (escritor de moda en la época en la que se sitúa el relato), que es el tipo de escritor al que Marcel esperaba llegar a ser. Estas alusiones se realizan en varios momentos de la trama, como la que realiza el señor Norpoise: “Eso es tomar el rábano por las hojas, hasta en el mismo Bergotte. A mí me parecen vacíos todos esos juguetes chinos de forma y esas sutilezas de mandarín delicuescente”.¹⁵

Enseguida me propongo ilustrar los detalles nucleares de la trama: el amor desencantado del Marcel preadolescente por Gilberta y la admiración amorosa por Odette de Crécy, que experimenta nuestro protagonista.

En el marco de los personajes ambientales descritos líneas arriba, empieza a florecer el amor de Marcel por Gilberta, surgido de los inocentes juegos de niños en los Campos Elíseos, que van despertando una atracción sexual mutua representada por el episodio de la carta de año nuevo, que Gilberte esconde tras de sí y reta al niño a que se la quite:

Porque al acercarme a Gilberta, que, echada para atrás en su silla, me decía que cogiera la carta, pero sin dárme la, me sentí tan atraído por su cuerpo, que le dije:

–Vamos a ver si usted no me lo impide que la coja y cuál de los dos puede más.¹⁶

Pero, como expresa el propio protagonista, en medio de aquel esfuerzo, se escapó el placer sin que le quedase tiempo de saborearlo y, aunque, Gilberta solicita revancha una vez que perdió la carta, la inseguridad que marcará su amor para siempre y que se manifiesta a lo largo de los siete tomos de la novela, se hace presente: “[...] acepté la pelea de nuevo, temeroso de que ella se figurase que yo no me proponía otra cosa que aquella que después de realizada, no me dejó ganas más que de estarme quieto a su lado”.¹⁷

9 Marcel Proust, 2018, p. 55.

10 Marcel Proust, 2018; p. 56.

11 Marcel Proust, 2018, p. 70.

12 “Phedre” (Fedra) es una pieza teatral de Jean Racine. Es una tragedia en cinco actos.

13 Este personaje está inspirado en Sarah Bernhardt, actriz de teatro y cine, una de las más famosas y aclamadas a finales del siglo XIX y principios del XX.

14 Marcel Proust, 2018; pp. 34 y 35.

15 Marcel Proust, 2018, p. 67.

16 Marcel Proust, 2018, p. 93.

17 Marcel Proust, 2018; p. 93.

El amor del joven Marcel por Gilberta es bien visto por los padres de ésta. Gilberta es de un carácter fuerte y voluntarioso, acostumbrada a contrariar a sus padres; Marcel la reconvenía en diferentes ocasiones. En cierta ocasión se despertó en la hija de los Swann una airada reacción, que prefiguró el rompimiento que más adelante se dará.

Mientras dura la relación de Marcel con Gilberta, se abre no solo la casa del matrimonio del señor Swann y Odette de Crécy, la gran *cocotte*, sino la sociedad en la que vive inmersa esta pareja, sociedad compuesta por la burguesía en ascenso, dueña de grandes fortunas y la nobleza, que convive en los salones literarios, conciertos y fiestas. La novela, a lo largo de sus densas siete partes, retrata esta amalgama de clases sociales, tal como se ilustra en seguida:

Pero Odette se había asimilado todos los modales del gran mundo, y por noble y elegante que fuese el porte de la dama, la señora de Swann siempre la igualaba; parada por un instante junto a esa amiga que se había encontrado su marido, nos presentaba con tanta naturalidad a Gilberta y a mí, ostentaba tal calma y tal desembarazo en su amabilidad, que hubiese sido difícil decidir cuál de las dos era la gran señora, *si la aristocrática paseante o la mujer de Swann*.¹⁸

En la personalidad de Gilberta conviven los caracteres de ambos progenitores, la bondad de Charles Swann y la malicia y astucia traducidas en maldad de Odette de Crécy:

Tan grande era a veces la separación entre las dos Gilbertas, que se preguntaba uno en vano, claro es, que es lo que habían podido hacerle para encontrarle ahora tan distante. Nos había dado una cita, y no solo no iba ni se excusaba luego [...] a no ser que el mal humor con que nos recibía delataba que se sentía culpable y quería evitar las explicaciones.¹⁹

Así, en estas condiciones, el amor inseguro de Marcel por un lado y el carácter voluntarioso de Gilberta por el otro, provocan el rompimiento de sus relaciones personales. Llama la atención las más de

cien páginas que invierte Proust para describirnos los estados de ánimo de Marcel, sus inseguridades, las situaciones imaginadas de una reconciliación que jamás se dará porque Gilberta nunca recibirá una carta o una visita de su enamorado, que siempre a punto de llevar a cabo, viene el arrepentimiento de última hora. Y cuando al fin el adolescente se decide a vender un jarrón chino, herencia de su tía Leoncia de Combray, la decepción es total, al verla con otro joven caminando por los Campos Elíseos:

Volví a casa desesperado, con aquellos diez mil francos destinados a hacer tantos pequeños obsequios a esa Gilberta que ahora ya me decidí a no verla nunca más. Indudablemente, aquella parada en la tienda me dio alegría, pues me inspiró la ilusión de que siempre que volviese a ver a mi amiga la encontraría contenta de mí y reconocida. Pero, en cambio, de no haber parado en la tienda, de no haber bajado por la avenida de los Campos Elíseos, no hubiese visto a Gilberta con aquel muchacho.²⁰

Este hecho le permite apreciar que su amor por Gilberta, el que siempre consideró vivo, no era ya sino un muerto olvidado:

Ya no sufría yo mucho. Sin embargo, cierta vez dije a Gilberta en una carta que me había enterado de que se había muerto la viejecita que nos vendía barritas de caramelo en los Campos Elíseos; al acabar de escribir estas palabras: «Creo que esto la habría a usted dado mucha pena, y a mí me ha movido muchísimos recuerdos» no pude por menos de romper a llorar viendo que hablaba en pretérito, y como si se tratara de un muerto casi olvidado ya, de ese amor que a pesar mío siempre consideré vivo; al menos, capaz de renacer.²¹

He titulado esta sección “Gilberta Swann y Odette de Crécy” porque estos personajes son centrales en la primera parte. Marcel recuerda la elegancia e interés que despierta Odette, la madre de Gilberta, durante sus paseos por los Campos Elíseos. Aquí transcribo tres fragmentos impresionistas de esos recuerdos:

18 Marcel Proust, 2018, p. 155.

19 Marcel Proust, 2018, p. 188.

20 Marcel Proust, 2018, pp. 262 y 263.

21 Marcel Proust, 2018; pp. 274 y 275.

Cuando se acercaba la primavera, trayendo otra vez el frío, en la época de los Santos, de las heladas y de los aguaceros de Semana Santa, la señora de Swann, como se le figuraba que su casa estaba helada, solía recibirme envuelta en pieles; desaparecían, frioleros, hombros y manos bajo el blanco y brillante tapiz de una esclavina y un inmenso manguito, ambos de armiño, que no se quitó al volver de la calle, y que parecían los últimos bloques de nieve invernal, más persistente que los demás, y que no lograron derretir ni el calor del fuego ni los asomos de la primavera.²²

Marcel reduce gradualmente sus visitas a madame Swann. Ya no va a su casa, sino que cuando el clima mejora, observa a Odette en la avenida del Bosque:

De repente se mostraba en la amarilla arena de la avenida la señora de Swann, tardía, despaciosa y lozana, como flor hermosísima que no se abre hasta la hora del mediodía, desplegando una *toilette* siempre nueva y por lo general color malva; en seguida se izaba y abría, sustentada en un largo pedúnculo, y en el momento de su más completa irradiación, el pabellón de seda de una amplia sombrilla del mismo tono que aquellos pétalos que se deshojaban en su falda.²³

La sombrilla que se despliega ante los ojos de Marcel adquiere la proporción de otro cielo protector:

A lo cual contribuía mi persuasión de que, gracias a la liturgia y a los ritos en que tan versada estaba la señora de Swann [...] de suerte que las florecillas de su rígido sombrero de paja y los lacitos de su traje se me antojaba aún más natural producto del mes de mayo que las flores de bosques y jardines; y para sentir la nueva inquietud de la primavera bastábame con alzar la vista hasta la estirada tela de su abierta sombrilla, que era un cielo cóncavo, clemente, móvil y azulado, un cielo más cercano que el otro.²⁴



Odette de Crécy: su cuerpo es tallo y su sombrilla flor
Obra: *Femme à l'ombrelle* de Claude Monet.

Segunda parte de “A la sombra...”: Balbec y las muchachas en flor

Siempre creí que a Marcel Proust le costaba separar los volúmenes de *En busca del tiempo perdido*. Debido a la solicitud de Gallimard, su editorial definitiva, que consideraba que los volúmenes eran muy extensos, y a la presión para publicar el tomo siguiente, el autor francés, no obstante, lograba transiciones efectivas mediante su particular manejo del tiempo narrativo. Ya expliqué cómo la perspectiva temporal cambia al final de la tercera parte del primer volumen, narrado en pretérito por un Marcel viejo, que luego vuelve al presente contado por un Marcel niño. Y es que como explica el narrador, vivimos en el presente, pero también en el pasado:

Como nuestra vida es muy poco cronológica y entrevera tantos anacronismos en el sucederse de los días, yo a menudo vivía en horas más viejas que las del ayer o el anteayer, en horas de mi antiguo amor por Gilberta. [...] El yo que

22 Marcel Proust, 2018, p. 276.

23 Marcel Proust, 2018, pp. 277 y 278.

24 Marcel Proust, 2018, pp. 279 y 280.

la quiso, sustituido ahora casi enteramente por otro, volvía a surgir, y más bien al conjuro de una cosa nimia que de una importante.²⁵

Es decir, el recuerdo nos regresa a una remembranza cercana o remota por más nimia que ésta sea. Estas reminiscencias que el joven Marcel recupera las agrupa, ahora que ha dejado en el pasado a París y a Gilberta, en torno a la playa del pueblo costero de Balbec, hacia donde se ha dirigido acompañado por su abuela y donde conocerá a las *muchachas en flor*.

Marcel más que un actante es un observador, un testigo que dibuja una sociedad compleja al tiempo que se desencanta de los lugares que visita, como es el caso de la iglesia de Balbec, cuya virgen no resulta lo que él imaginaba: “[...] y a ella, a la obra de arte inmortal por tanto tiempo deseada, me la encontré metamorfoseada, al igual que la iglesia, en una viejecita de piedra cuya estatura se podía medir y cuyas arrugas se podían contar”.²⁶

Esta actitud expectante, es decir, de quien espera y observa, se repetirá en numerosas ocasiones, incluso cuando conoce a las muchachas en flor:

Pero yo solo me quedé parado delante del Grand Hotel, haciendo tiempo hasta que llegara la hora de ir a buscar a mi abuela; cuando, allá por la otra punta del paseo del dique, destacándose como una mancha singular y movable, vi avanzar a cinco o seis muchachas tan distintas por su aspecto y modales de todas las personas que solían verse por Balbec como hubiese podido serlo una bandada de gaviotas venidas de Dios sabe dónde y que efectuara con ponderado paso –las que se quedaban atrás alcanzaban a las otras de un vuelo– un paseo por la playa, paseo cuya finalidad escapaba a los bañistas, de los que no hacían ellas ningún caso, pero estaba perfectamente determinada en su *alma de pájaros*.²⁷

Es relevante observar que a pesar del título el libro aborda el asunto de las *muchachas en flor* cuando han transcurrido 477 páginas, lo cual resulta desafiante para el lector. Lo anterior se debe al estilo

proustiano que ya comentamos, en que el narrador adopta un enfoque introspectivo, con reminiscencias y descripciones detalladas del mar, la luz y la alta sociedad francesa. Por ejemplo, tras el primer encuentro con las cinco jovencitas, dedica catorce páginas a describir sus actitudes, el ambiente, su fisonomía y las expresiones de sus rostros, llegando casi a revelar los pensamientos de cada una.

¿Cuántas páginas más deberán pasar para que Marcel continúe recordando sus experiencias y nos explique cómo logró establecer relación con las muchachas? Continuará observándolas, pero también empezará a considerar qué estrategias utilizar para entrar en contacto con ellas. Deberá cambiar su perspectiva de zoólogo a botánico²⁸ para comprender mejor a estas jóvenes:

[...] me daba perfecta cuenta, con satisfacción de botánico, de que era imposible encontrar juntas especies más raras que las de estas flores tempranas que interrumpían en este momento, delante de mí, la línea del mar formando leve valladar que parecía hecho de rosales de Pensilvania que sirven de exorno a un jardín puesto en la brava ribera marina [...].²⁹

El lector de Proust, con paciencia, analiza el contenido de las oraciones principales y las subordinadas para seguir el hilo nuclear de la trama. Consciente de que aún le quedan 200 páginas por delante, sabe que en algún momento el narrador evocará el episodio de su encuentro con el grupo de adolescentes y la elección de la joven que lo acompañará en su exploración de la sociedad francesa.

En las páginas, el narrador recuerda su encuentro con las muchachas en flor, reflexiona sobre ellas y vuelve al Grand Hotel de Balbec. Habla con el ascensorista, describe el paisaje desde el pasillo del hotel, entra a su habitación y recuerda las tonalidades del mar y la playa al final del verano. Se aseará, vestirá su esmoquin para cenar con su amigo Saint-Loupe, y describirá las salas del restaurante Rivebelle y la dinámica entre los comensales que se observan y critican. En tan intrascendentes meditaciones, consume cincuenta páginas más.

En Rivebelle conocerá a Elstir, un pintor impresionista que jugará un papel significativo en la futura relación de Marcel con las muchachas en flor:

25 Marcel Proust, 2018, p. 285.

26 Marcel Proust, 2018, p. 308.

27 Marcel Proust, 2018, p. 477. (El subrayado es mío, para resaltar la fugaz metáfora impresionista).

Saint-Loup y yo habíamos visto ya dos o tres veces en el restaurante de Rivebelle a un caballero alto, musculoso, de facciones correctas y barba gris, que iba a sentarse a su mesa cuando toda la gente empezaba a marcharse; tenía un mirar pensativo, constantemente clavado en el vacío. Una noche preguntamos al amo quién era aquel señor aislado, desconocido y rezagado en la cena. «Ah, ¿no le conocen ustedes? Es Elstir, el pintor tan célebre».³⁰

Gracias a Elstir, Marcel aprecia el valor arquitectónico de la iglesia de Balbec, que inicialmente lo había desilusionado:

Le confesé yo la decepción que me había causado la iglesia de Balbec: «¡Cómo! —Me dijo Elstir—, ¿Qué no le ha satisfecho a usted ese pórtico? Es la Biblia historiada más hermosa que un pueblo pudo leer nunca. La virgen y los bajorrelieves donde se expone su vida constituyen la expresión más tierna e inspirada de ese largo poema de adoración y alabanza que la Edad Media va tendiendo a los pies de la Madonna».³¹

Visita su atelier y queda impresionado por su arte; además, gracias a esta visita descubre la pista de las muchachas en flor, pues ve pasar a una de ellas por la ventana del estudio. Con la finalidad de encontrarlas de nuevo, propone al pintor un paseo por la playa, pero Elstir debe primero terminar un cuadro. Durante este tiempo el yo proustiano se dedica a describir la maestría artística del maestro acuarelista:

Y, naturalmente, lo que más abundaba en su estudio eran marinas hechas en Balbec. Sin embargo, vi muy claro que el encanto de cada una de esas marinas consistía en una especie de metamorfosis de las cosas representadas, análoga a lo que en poesía se denomina metáfora, y que si Dios creó las cosas al darles un nombre, ahora Elstir las volvía a crear quitándoles su denominación o llamándolas de otra manera.³²

Y así habrán de pasar cerca de cien páginas, deteniéndose el autor en meticulosas observaciones y como lectores no nos queda sino hacer dos cosas: disfrutar de las disquisiciones con que el narrador va retardando su encuentro con Albertina o gritar a las páginas: «¡Bueno, ya...! ¿Cuándo y cómo se conocerán el joven Marcel con Albertina?». Pero aún habremos de recorrer cerca de cien páginas de una prosa impresionista en sus descripciones y soportar la indecisión de Marcel, ya que lo asaltan las mismas dudas que con Gilberta:

La certidumbre de ser presentado a las muchachas tuvo por resultado *no solo hacerme fingir indiferencia, sino sentirla realmente*. El placer de conocerlas, como ahora era ya inevitable, se comprimió, se redujo, me pareció más pequeño que el de hablar con Saint-Loupe.³³

Para abreviar, en atención a la paciencia del improbable lector de estas páginas y también a que ya sobrepaso la extensión que me permite la revista, no describiré los otros encuentros que se sucedieron con resultados infructuosos para Marcel y Albertina Simonet, pues el remilgoso de Marcel, al recuperar el tiempo perdido, al hurgar en su memoria, al explorar todas las circunvoluciones de su cerebro, hasta en el más diminuto pliegue, vacilará en determinar en qué lugar del rostro tenía Albertina un lunar, si sus sienes eran abultadas y sus carrillos mofletudos, si su forma de expresarse, es decir su habla, era refinada o popular; pero claro que Marcel termina por justificar todos sus actos con criterios de toda índole, como el siguiente:

De suerte que tan solo después de haber reconocido, no sin muchos tanteos, los errores de óptica iniciales, se puede llegar al conocimiento exacto de un ser, si es que ese conocimiento fuera posible. Pero no lo es; porque mientras que se rectifica la visión que de ese ser tenemos, él, que no es un objetivo inerte, va cambiando, nosotros pensamos darle alcance, pero muda de lugar, y cuando nos figuramos verle por fin más claramente, resulta que lo que hemos aclarado son las imágenes viejas que de él teníamos, porque ya no le representan.³⁴

30 Marcel Proust, 2018, p. 525.

31 Marcel Proust, 2018, p. 545.

32 Marcel Proust, 2018, p. 538.

33 Marcel Proust, 2018, p. 564.

34 ³⁴ Marcel Proust, 2018, p. 588.

Y Marcel agrega a lo anterior, después de una página llena de consideraciones filosóficas, que “[...] tenía la obligación moral de mantener a esta muchacha las promesas de amor hechas a la Albertina imaginaria”.³⁵

El ramillete de muchachas en flor estaba formado por Albertina, Giselia, Rosamunda y Andrea. Ya se figurará el lector de esta colaboración que de cada una de ellas Marcel nos confiará sus recuerdos: la dulzura en el trato que le prodigaba Andrea, la belleza casi infantil de Giselia y la vitalidad que raya en impertinencia de Albertina. De Rosamunda debe de haber recordado poco el narrador, pues solo la menciona de pasada. Marcel se une a este ramillete y se asimila a la personalidad del grupo durante las tertulias que realizan. La impertinencia de Albertina es calificada por Marcel como ligereza. Después de múltiples reuniones, entre uno de los muchos juegos, ocurre lo siguiente:

Un día Albertina dijo: «¿Quién tiene un lápiz?». Andrea dio el lápiz, Rosamunda el papel, y Albertina entonces: «Mirad, niñas, cuidadito con querer ver lo que voy poniendo aquí». Y después de aplicarse mucho a hacer la letra clara, escribiendo sobre la rodilla, me dio el papel, diciéndome: «Que no lo vean éstas». Le desdoblé; había escrito: «Le quiero a usted mucho».³⁶

Albertina le quiere. Así se lo ha declarado. Sin embargo, es Andrea quien lo acompaña y le prodiga una desinteresada amistad. Andrea es de familia rica y protege y favorece a Albertina. Andrea lleva a Marcel a conocer un paisaje que Elstir había pintado, justo en el momento y la hora que el pintor impresionista había logrado plasmar en el cuadro. En el trayecto Marcel encuentra a un lado de la vereda un tipo de planta que también crecía en Combray (pero ya sin floración por lo avanzado del año). Marcel establece un tierno diálogo con las plantas que le recuerdan su infancia, diálogo que contempla Andrea, que era muy discreta y servicial con todo el mundo y este rasgo lo aprovecha Marcel para enviar mensajes a Albertina, recados que Marcel sospecha que no llegan a su destinataria.

35 Marcel Proust, 2018, p. 589. (Es decir, a la Albertina real y la imaginaria).

36 Marcel Proust, 2018, p. 589.

Como ya lo expresé, a Marcel el transcurrir de los días y la sucesión de los hechos le facilitan las cosas. Como personaje parece no ajustarse a la definición “actante” de Greimas,³⁷ sino al concepto que nos presentó la Nueva Novela francesa objetalista de un *yo que simplemente observa*.

Más de un crítico ha dicho que el adolescente Marcel era un tarado, pues así actúa. Todo se le da sin hacer lo necesario para que ocurra, como lo de su *affaire* frustrado con Albertina:

Hacía poco menos de un mes de aquella tarde del juego cuando me dijeron que Albertina se iría al otro día por la mañana a pasar cuarenta y ocho horas con su tía; y como tenía que tomar un tren que salía muy temprano, para no dar molestias en casa de las amigas con quien vivía iba a dormir aquella noche al Gran Hotel.³⁸

El Gran Hotel de Balbec era precisamente donde se hospedaban Marcel y su abuela, lo que era del conocimiento de Albertina por lo que invita al joven a su habitación, para charlar. Marcel intenta besarla, pues malinterpretó la invitación de Albertina y ésta hace sonar la alarma. Esta acción de Marcel se debe a que se equivocó en juzgar a Albertina de ligera y en que creyó lo que su amigo Bloch le decía: “que podía uno poseer a todas las mujeres”.³⁹

La necesidad de ser amado⁴⁰ provoca que piense en la probabilidad de que alguna de las amigas de Albertina lo puedan amar: “Ahora mis sueños quedaron en libertad para posarse en las amigas de Albertina, y primero en Andrea [...] Pero Andrea era en extremo intelectual y nerviosa, enfermiza, y demasiado parecida a mí para que pudiera enamorarme de ella”.⁴¹

Así, desencantado y ante la ausencia de Albertina, deben partir a París porque la temporada veraniega ha llegado a su fin. Con el siguiente párrafo de “A la sombra de las muchachas en flor”, Proust pone punto final al segundo volumen de *En busca del tiempo perdido*:

37 Greimas, 1990.

38 Marcel Proust, 2018, p. 589.

39 Marcel Proust, 2018, p. 663.

40 Necesidad sentida desde su infancia. Recuérdese que según vimos en la colaboración anterior, Marcel no podía dormir si antes su madre no le daba el beso de las buenas noches.

41 Marcel Proust, 2018, p. 673.

Y mientras que Francisca iba quitando los alfileres de las impostas, arrancaba telas y recorría cortinas, el día de verano que descubría ella parecía tan muerto, tan inmemorial como una momia suntuosa y milenaria que nuestra vieja criada despojaba cuidadosamente de toda su lencería antes de mostrarla embalsamada en su túnica de oro”.⁴²

Conclusiones

Como lectores estamos ante una novela a la que le faltan cinco tomos para concluir, pero los editores de Gallimard piden que haya un desenlace en cada tomo. La forma en que concluyen las casi setecientas páginas de “A la sombra de las muchachas en flor” sorprende al lector. Incluso hay comentaristas que protestan por las muchas páginas del volumen y lo poco de “muchachas en flor”; coloquialmente diríamos: “Mucho ruido y pocas nueces” o, mejor dicho: muchas flores, pocas muchachas.

Alguien más versado en Proust tal vez nos corregiría diciendo que Gilberta y su madre también son flores, sobre todo Odette de Crécy, en cuyas descripciones su cuerpo es tallo y su sombrilla, flor. Y que en los paseos de Marcel y su abuela con la señora de Villeparisis todas las muchachas que se van encontrando están descritas en términos relativos a las flores. Pero es innegable que lo que se narra en torno al joven Marcel y las jovencitas de Balbec es poco. Y efectivamente así es: quinientas páginas para Gilberta y Odette de Crecy, y doscientas para las muchachas en flor.

En mi opinión la primera parte de “A la sombra...” es continuación de la tercera parte de “Por el camino de Swann”, que, si Marcel Proust hubiera insistido en que no se cortara la continuidad, ningún editor se arriesgaría a publicar el descomunal

mamotreto de casi mil cien páginas que, en mi opinión, hubiera tenido el primer volumen de “A la recherche...”.

Por eso Marcel Proust hace un corte genial: adelanta el tiempo y nos muestra a su protagonista ya maduro, como se explicó en la primera parte de este trabajo, algo muy frecuente en este autor, cuyos protagonistas verdaderos son el tiempo y la sociedad francesa de su época. Esa estrategia narrativa le permite aparentar el desenlace.

Lo que aquí ha leído el improbable lector es la columna vertebral de la trama, pero lo que Proust ha querido mostrar es el comportamiento de las clases altas, sus modales, su buen gusto y sus acercamientos a la nobleza, que ocupan el noventa y cinco por ciento de la extensión de la obra. Comentaristas hay que, abordando esta obra en conferencia, se olvidan de las *muchachas en flor*. Por la extensión del artículo, deducirán que no las hemos olvidado, aunque sí hemos obviado episodios como la llegada de Marcel y su abuela a Balbec, el ambiente del comedor del Gran Hotel, los paseos en coche de Marcel con su abuela y la señora de Villeparisis, la disquisición y valoración del arte pictórico de Elstir, que ha llegado a identificarse con Claude Monet, etcétera. En la próxima colaboración, veremos que nos depara “El mundo de Guermantes”, el tercer volumen de la inmortal novela de Marcel Proust.

Referencias

- Greimas, A. J. y Courtes, J. (1990). *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos
- Marcel Proust. (2022). *En busca del tiempo perdido 1: “Por el camino de Swann”*. Alianza Editorial, Madrid.
- Marcel Proust. (2018). *En busca del tiempo perdido 2: “A la sombra de las muchachas en flor”*. Alianza Editorial, Madrid.

⁴² Marcel Proust, 2018, p. 688